

Palabras del doctor José Narro en la Sesión Solemne de Recepción de Nuevos Miembros de la Academia Nacional de Medicina. junio 1992

Imposible escapar en esta intervención de las redes emotivas del recuerdo, el agradecimiento, el orgullo y el honrado reconocimiento por una inmerecida distinción. Con este señalamiento adelantado, deseo agradecer en primer término y en todo lo que vale a la mesa directiva de la Academia Nacional de Medicina, la invitación que me formuló para hablar en esta ceremonia de ingreso a nombre de quienes hoy somos admitidos en su seno.

Dirigirme a ustedes en esta oportunidad, representa al mismo tiempo motivo de gran satisfacción y tarea sensible e intrincada. Si expresar los propios sentimientos se vuelve en estas ocasiones difícil, hacerlo a nombre de un grupo de destacados colegas es todavía de mayor complejidad, sobre todo cuando se trata de médicos que por méritos propios disputan en muy diversos campos de la práctica clínica, la investigación biomédica, la salud pública o la administración de los servicios de salud. Espero que en algunos de los argumentos de la intervención, mis compañeros se sientan debidamente interpretados.

En primer término deseo hacer con ustedes algunas reflexiones acerca de lo que es y ha sido la Academia Nacional de Medicina, institución que honra y distingue a quienes a ella pertenecen, órgano superior de consulta, deliberación y representatividad de los núcleos académicos de nuestra profesión. Quienes hoy ingresamos a la noble Corporación nos sentimos profundamente orgullosos y estimulados por el acto. Espero que con el tiempo podamos, en justa retribución, aportar algo para el incremento y la consolidación de su prestigio y calidad. Este es parte del compromiso que en esta solemne ceremonia adquirimos.

El ejemplo de muchos médicos de ayer y hoy nos ha traído a este rito de incorporación. Sabemos que más allá del trabajo y los merecimientos personales, hemos contado

en todo momento con la guía y dirección de nuestros maestros, con el apoyo y comprensión de la familia, con la ayuda y participación de colegas y colaboradores, con el desinteresado estímulo de nuestros amigos.

A todos ellos debemos, en parte, que la Academia Nacional de Medicina nos acepte hoy como sus miembros más recientes. Ellos deben encontrar, en este acto, el cumplimiento de parte de sus expectativas, la realización de algunos de sus propósitos. Juntos lo hemos alcanzado.

Ingresamos a un foro en el que la verdad, la congruencia, la libre discusión de las ideas, el respeto y la participación desinteresada, son el sustrato sobre el que se desarrollan las acciones de la comunidad. Nuestro empeño consistirá en reforzar los valores y procedimientos que se siguen.

En esta centenario y primigenia Academia de las Ciencias Médicas se estudian y analizan los problemas y asuntos que afectan a la medicina, a los médicos, a la organización y a la administración de los servicios de salud. La perspectiva que ha de orientar nuestros esfuerzos debe ser más la del mediano y largo plazos que la de lo inmediato, por más urgente que pueda parecer.

A lo largo de casi 129 años esta Academia ha servido entonces para discutir los problemas de la práctica médica, para difundir conocimientos, técnicas y procedimientos. Este noble ateneo ha albergado a hombres que no se han conformado con poseer la verdad sino que se han esforzado por perfeccionarla. Este ha sido el signo y parte del destino. En sus sesiones, a través de sus publicaciones, con el pleno concurso de sus integrantes, ha sido posible contribuir a construir el modelo de la medicina mexicana de nuestros días.

Ocho nuevos integrantes nos sumamos al esfuerzo consistente y sistemático de todos los que, con plena confianza en el pasado, con el conocimiento de sus capa-

ciudades, con la humildad que otorga la conciencia de las propias limitaciones, buscan empeñosos escudriñar en la ciencia, el arte, la técnica, la historia, la enseñanza y la práctica de la medicina.

Tengo plena certeza de que los fines que alientan el trabajo de la Academia y las acciones que sistemáticamente desarrolla, tienen como propósito último contribuir a mejorar los niveles de salud de nuestra población. Si esto no fuera así, el intercambio científico y académico que se procura sería superficial además de poco trascendente, y los académicos correrían el peligro de padecer el "síndrome de Bizancio".

En esta casa del saber se pretende integrar el dilatado conocimiento médico para no perder de vista la unidad e indivisibilidad del hombre; hacerlo como reconocimiento al hecho irrefutable de que existen influencias externas de distinta magnitud sobre la salud y como fórmula para organizar y administrar servicios que permitan prestar una atención integral y por ende más completa.

Si esta noble Academia se ha fijado la tarea de contribuir a orientar la educación médica, la investigación y la organización de la atención a la salud, lo hace porque reconoce el valor del proceso educativo, porque sabe que el conocimiento no avanza sin investigación y porque sostiene la convicción de que el servicio se presta con mayor calidad cuando el acto asistencial está acompañado de la transmisión y la generación del conocimiento.

Su bien ganada autoridad técnica y moral deriva en parte de su historia pero, sobre todo, de las capacidades que reúnen sus integrantes, de los valores que cultivan de manera sistemática, de la fortaleza resultante de la suma de voluntades, convicciones y experiencias. No hay duda de que, en efecto, existe un "espíritu académico" que caracteriza a esta comunidad de médicos dispuestos al servicio, a la superación profesional, a la edificación de una práctica de mayor calidad y con mayor sentido humano.

Abusando de la generosidad de ustedes, quiero aprovechar la oportunidad para hacer algunos comentarios sobre el momento que vive hoy la medicina y para ello recordarles que el cuidado y la atención de los semejantes, junto con el trabajo y la enseñanza programada, forman parte distintiva de la especie humana y es característica de las sociedades más desarrolladas. La medicina forma así una parte indisoluble de la cultura humana. Su práctica, la organización de los servicios, los procesos para formar al médico y para impulsar el conocimiento, así como los principios y valores que rodean al ejercicio médico, son elementos que en todo tiempo permiten caracterizar a un grupo o sociedad, a una época o una civilización.

No es extraño entonces que en las múltiples manifestaciones de las sociedades, el médico, su trabajo y su

responsabilidad, siempre estén presentes. Por esto, los códigos y las leyes, la literatura y la pintura, la política y la religión, la historia y la leyenda, recogen de muy distintas formas esas expresiones en cada cultura.

La medicina no es, sin embargo, una simple resultante de influencias culturales, económicas y sociales. También la profesión, con el conocimiento y la autoridad moral que la caracterizan, influye de manera determinante sobre los patrones de conducta, los valores y los estilos de vida del hombre y su sociedad.

El panorama demográfico, los trasplantes de órganos, la conducta sexual, las normas éticas, los hábitos alimenticios, la recreación, incluso los sistemas económicos e industriales, todos ellos están, intensamente influenciados por el médico, de forma directa o indirecta, por su conocimiento, por las técnicas y las necesidades de la profesión. Cada vez debemos cobrar mayor conciencia de esta realidad que, en el sentido colectivo, se transforma en responsabilidad y desafío.

Por fortuna la medicina estará hoy y siempre bajo la observación crítica de la sociedad. De cuando en cuando seguirán surgiendo voces que califiquen a nuestra práctica y sus resultados como ilusión, espejismo o incluso némesis. Sin embargo, con nuestra actuación profesional, esos rumores también se irán desvaneciendo para dejar a esta noble profesión en el sitio que le corresponde, cumpliendo el papel que la historia le ha reservado.

A los inveterados problemas que afectan a la medicina mexicana se suman hoy nuevos e importantes desafíos. Paso ahora a considerar sólo algunos. La búsqueda de la calidad, la garantía de la misma en la prestación de los servicios, son asuntos más que de actualidad, son necesidades imperiosas de nuestros sistemas y actividades. Del reclamo no sólo no podremos escapar, sino que estaremos involucrándonos en el mismo con más vigor y contundencia cada vez.

Las desigualdades regionales y las que se presentan entre grupos y clases sociales nos afectan profundamente. Frente a indicadores y situaciones que parecen referir el perfil de naciones contrastantes no podemos permanecer indiferentes. Estas desigualdades, injustas e insostenibles, nos lesionan profundamente y en lo individual en lo colectivo.

Algo semejante sucede con las nuevas plagas y las muertes evitables. En ellas, el espacio para la mejoría es amplio y sólo espera nuestra intervención más decidida. En buena parte los nuevos azotes residen en nosotros mismos, en los estilos y formas de vida, en los hábitos de alimentación, en las conductas inseguras, en el tabaquismo, el alcoholismo y la farmacodependencia, en la falta de ejercicio y en la vida sedentaria.

Los costos de la atención médica y la productividad de los servicios no pueden ya ser ignorados por nuestros colegas, mucho menos manejados bajo la simple idea de que esos son asuntos administrativos que escapan a nuestra competencia. Quienes diseñamos, producimos, incorporamos y utilizamos las nuevas tecnologías somos nosotros, los médicos. Por lo tanto, quienes tenemos la responsabilidad de tener presente sus consecuencias y repercusiones médicas y económicas, somos también nosotros.

Los problemas que plantea la educación formal en la licenciatura y el posgrado así como los que se derivan de la educación continua o permanente de los egresados de nuestros programas educacionales, nunca estarán suficientemente discutidos y menos totalmente resueltos. Esto mismo vale para el caso de la investigación en salud. Los esfuerzos que se hagan para fomentarla, para reforzar la capacidad instalada o para incrementar los recursos humanos que en ella se desarrollan estarán, casi seguro, en falta persistente.

El aparentemente novedoso dilema entre la atención médica y la atención a la salud, o entre la terapéutica y la prevención, no es tal. Las raíces de la supuesta antinomia nos conducen, al menos, a la tradición clásica en donde se originan los mitos de Asclepius y de Hígea. El dios de la medicina fundaba su poder en el tratamiento y la restitución de la salud. Por su parte, la deidad responsable de la salud procuraba fomentarla y preservar la mente sana en el cuerpo sano. A más de tres milenios de distancia nos debemos preguntar si no es tiempo de encontrar y procurar el correcto equilibrio que demanda el ser humano. Es hora de entender que más que tener que optar por una u otra, se debe alcanzar la debida complementariedad entre las dos.

La medicina mexicana, requerirá para continuar su desarrollo y búsqueda de consolidación, que sus diversos elementos y procesos generen e incorporen fórmulas creativas, flexibles, novedosas, fórmulas y mecanismos adecuados a nuestras condiciones y realidades, acordes

con nuestras necesidades, demandas y posibilidades. En las exploraciones, hemos de ser cuidadosos para sólo cambiar si se preserva lo fundamental, para mejorar nuestro modelo a partir de las virtudes que caracterizan a la medicina institucional que numerosas generaciones han venido construyendo. Como en todo proyecto humano, sabemos que existe espacio y forma para la mejoría.

Hoy, al igual que ayer y siempre, el buen médico, el que es buscado y seguido por sus pacientes, se identifica sin duda por algunas características fundamentales: conoce su ciencia; practica el arte de escuchar; cuenta con la humildad necesaria para interesarse genuinamente por los problemas de sus pacientes así como para indagar y reconocer sus limitaciones; sabe prescribir los remedios necesarios y consolar en todo momento; dispone de gran fortaleza para el trabajo y de una disposición permanente.

Los auténticos profesionales de la medicina, los que no agotan su vocación en un mero ingreso salarial, los que son dignos sucesores de dioses, chamanes, santos, artistas y científicos, deberán seguir cultivando esas cualidades que distinguen al médico de un simple terapeuta.

A nombre de los académicos de nuevo ingreso, expreso nuestro decidido compromiso de entregar capacidades y superar limitaciones en pro de la profesión y de este augusto Colegio Médico, de poner el máximo de los empeños para contribuir a la elevada causa de mejorar la salud de nuestra población. Hago votos por que la siembra que hoy se hace y rinda los frutos que se espera.

Por último, unas cuantas palabras para agradecer en términos personales a todos los que con su apoyo, afecto y estímulo me han permitido llegar esta noche hasta este sitio. En dos nombres reciban todos ustedes mi más profunda gratitud: María del Carmen Lobo y José Laguna García. No puedo evitar reiterar el profundo orgullo que para mí representa ingresar a la más antigua de las agrupaciones académicas de los médicos en el país: nuestra Academia Nacional de Medicina.